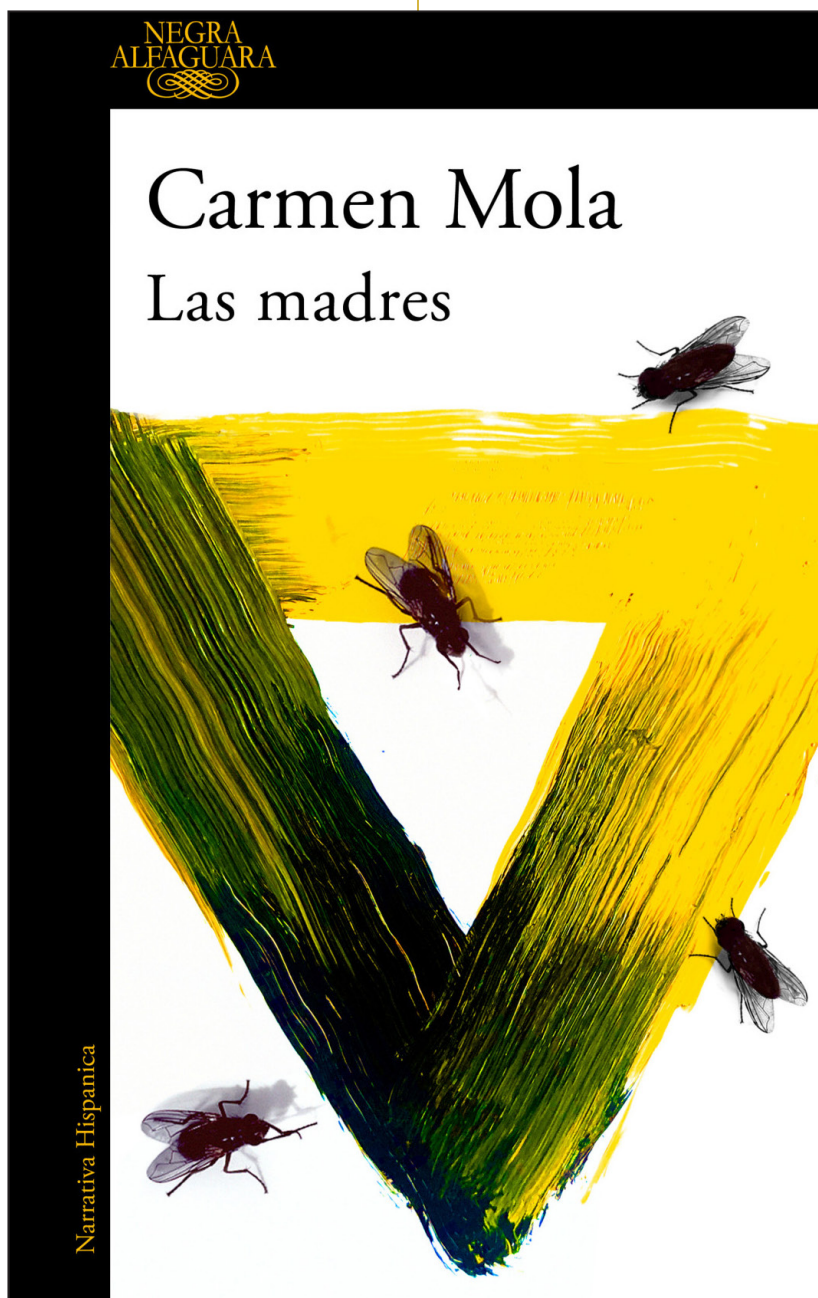




Guía de lectura



Penguin Club de lectura

SINOPSIS

La inspectora Elena Blanco atraviesa el depósito de la Grúa Municipal Mediodía II de Madrid hasta llegar a una vieja furgoneta que expele un olor putrefacto. Dentro está el cadáver de un hombre atado a una silla, con un burdo costurón que asciende del pubis al abdomen. Los primeros resultados de la autopsia aclaran que a este toxicómano reincidente le arrancaron algunos órganos y le colocaron en el vientre un feto de casi siete meses. Los análisis de ADN revelan que se trata de su hijo biológico. A los pocos días, la Brigada de Análisis de Casos se desplaza a la zona portuaria de A Coruña, donde el cuerpo de un

asesor fiscal de sesenta y cuatro años ha sido asesinado con el mismo modus operandi. ¿Qué relación existe entre las dos víctimas? ¿Y dónde están las madres de los bebés?

Se abre así la investigación del nuevo y perturbador caso de la BAC. Mientras la relación entre Elena y Zárate se hace cada vez más complicada por los tormentos de él sobre la muerte de Chesca y la obsesión de ella por adoptar a la Nena, todos los indicios los acercarán a una misteriosa organización cuyos hilos manejan los poderosos e intocables del país y a la que nadie parece poderse acercar sin morir.

CLAVES

La publicación en 2018 de *La novia gitana* provocó un enorme impacto en el panorama de la novela negra española. A la fuerza de una propuesta que acercaba el ritmo y la acción a cotas cinematográficas pocas veces alcanzadas se añadía la transgresión de ciertos tabúes en la plasmación de la violencia y el tremebundo peaje físico y psicológico en el desempeño de la labor policial. Capaz de generar una tensión y una angustia desacostumbradas incluso para los parámetros del género, su combinación de adrenalina, explosividad emocional y atrevimiento mereció una respuesta entusiasta por parte tanto de los lectores como de la crítica especializada. En

paralelo, el misterio detrás de la autoría, protegida por un seudónimo femenino, añadió combustible a las llamas.

Desde entonces lo que comenzó siendo un libro en boca de todos, no ajeno a sanas controversias pero merecedor por unanimidad de calificativos como «adictivo» o «arrollador», ha devenido una saga cuyos más de seiscientos mil ejemplares vendidos en España y las numerosas traducciones a otros idiomas la aupán a fenómeno editorial con todas las letras, a las puertas además de dar el salto a la televisión con la adaptación que Paco Cabezas (*Penny Dreadful*, *American Gods*) ha dirigido de *La novia gitana* para AtresPlayer Premium.

Este título, a los que siguieron *La Red Púrpura*, *La Nena* y ahora *Las madres* sigue el día a día de la Brigada de Análisis de Casos (BAC), una sección policial semi secreta a cargo de las investigaciones más complejas y exigentes. La crudeza de los asuntos a investigar —asesinatos ritualizados, organizaciones criminales especialmente abyectas, formas de corrupción desalmadas...— los enfrentan al mal puro, despiertan demonios interiores y llevan sus emociones y sentimientos al límite. Consciente de que un tema potente y una trama a la altura no son nada sin unos personajes carismáticos, Carmen Mola trabaja a fondo el perfil de cada uno de los miembros del equipo y explora el delicado entramado de alianzas y desencuentros, tanto afectivos como laborales, a los que los aboca una lucha demencialmente estresante. A través de sus experiencias y cuitas, el lector es arrojado a zonas desasosegantes, forzado a reflexionar sobre la infinita capacidad del ser humano para dañar al prójimo --frente a tanta novela negra donde se nos hurta el dolor de las víctimas y su círculo íntimo, al tiempo que se esteriliza la violencia o se la presenta con un efectismo vacío-- y la validez o no

de traspasar ciertas líneas rojas morales cuando la legalidad no garantiza la aplicación de la justicia.

Tras un prólogo chocante ambientado en Ciudad Juárez, *Las madres* arranca ya como un tiro con el hallazgo de un cadáver en una furgoneta con el que se ha cometido una carnicería que esconde un mensaje de tan difícil como perturbador desciframiento. La investigación irá revelando un tapiz de horrores en el que coincidirán la santería, los vientres de alquiler, un terrible ángel vengador, un grupúsculo policial dedicada a extorsiones y abusos de todo tipo, y una omnívora red de poder en las sombras que lleva décadas actuando con impunidad. Más exigidos que nunca, los componentes de la BAC deberán intentar acallar sus traumas personales y atemperar las múltiples fricciones que existen entre ellos para combatir una temible y tentacular hiedra que amenaza con devorarlos. Carmen Mola ha diseñado un nuevo tren bala (a la par que tren de la bruja) que desafía los límites y las convenciones del género negro y del thriller, para seguir disparando las pulsaciones de cualquier lector que no se arredre ante las emociones fuertes. Pura dinamita.

TEMAS DESTACADOS

En las diversas tramas que se desarrollan en paralelo en *Las madres* convergen asuntos inquietantes, moralmente turbios, cuando no directamente espeluznantes que sacuden al lector y lo mantienen en esa mezcla de perplejidad y tensión en la que viven instalados los miembros del BAC. He aquí algunos de los más destacados:

LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES.

Puede decirse que este es el gran tema de la novela. El abuso físico y psicológico al que son sometidas las mujeres pasa por todos los grados del horror: intimidación verbal, palizas, secuestros, violaciones, embarazos forzosos y asesinato. El cuerpo femenino como mercancía adquiere un tratamiento especial al ponerse el foco en los vientres de alquiler, una práctica autorizada en algunos países, aunque prohibida en España, si bien en la novela se lleva a cabo sin el consentimiento de la gestora, víctima de un negocio que entra de lleno en la barbarie.

«No hacían falta muros para retenerlas. Lucio —el Panocho, como lo llamaban las demás— era una presencia diaria en la finca. A veces borracho, a veces simplemente cabreado, las disuadía de intentar la fuga. Le habían visto pegar hasta la extenuación a Olena, una rumana que intentó huir después de dar a luz. No era lo habitual; preñadas eran mercancía valiosa y Lucio se veía obligado a

contenerse. Alguna vez lo descubrieron masturbándose mientras ellas dormían. Sin embargo, más allá de descargarse entre embarazos, no podía tocarlas. Tampoco hacía falta. El miedo a Rigoberto, cuyo nombre Lucio invocaba con frecuencia, era más útil que una paliza o cualquier cerrojo.

Tal y como la madre de Chemita había desaparecido, ellas también podían desaparecer si no respetaban las normas de la finca: comer y dormir bien, tomarse las medicinas que les proporcionaban, dar paseos sin alejarse demasiado de la casa por ese páramo que las rodeaba. Solo unas pocas escogidas —como Serena y Mariya, cuya lealtad estaba demostrada— podían llegar hasta el pueblo de vez en cuando.

En esa vida rutinaria, mientras los embarazos iban avanzando entre siestas y horas de televisión, las más mínimas alteraciones eran bienvenidas: la visita de Dorita y el pequeño Chema, cuando ella, que ejercía de matrona, les hacía las revisiones. Las ecografías que en determinados meses les hacía don Ramón.

Las visitas de Gerardo en su Seat Panda para traer los medicamentos que necesitaban. Los partos.

Violeta solo ha vivido dos. El primero, el de Mariya. El segundo, el de Rosaura, en el que todo fue mal. Se complicó y su primera amiga en Las Suertes Viejas murió en el paritorio.

Los bebés lloran en el nido unos días. Muy pocos. Solo hasta que Rigoberto llega en su Porsche para llevárselos, para entregárselos a los padres. Y, entonces, el silencio regresa a la finca. La abulia de los días hasta el siguiente parto».

LA RELIGIÓN YORUBA que, procedente de Cuba, Haití o Brasil, ha acabado mezclándose con las creencias cristianas y la devoción a la Santa Muerte mexicana. En la novela descuella el culto a la deidad Iyami Oshoronga, emparentada con la religión de los orishas y a la que sus fieles creen capaz de reestablecer el orden y la armonía tras un suceso traumático.

«Ha oído hablar del poder de los santeros, de los ritos que predisponen a tu favor a las entidades de ese panteón de origen africano, los orishas. Ahora entiende la veneración que todo el mundo rinde a don Albertito: el destino de quienes se han encerrado en esa casita iluminada solo por velas está en sus manos (...) Violeta rompe a llorar. Todos los asistentes se han transformado en sombras que la rodean como animales hambrientos. Los tambores repiquetean sin tregua. Antes de desvanecerse, cree ver de nuevo a la mujer con alas de pá-

jaro levantándose por encima de todos los asistentes.

—Te buscaré —piensa que le dice la sombra de Iyami Oshoronga».

LA CORRUPCIÓN POLICIAL —o manzanas podridas en el cuerpo—. Carmen Mola muestra cómo las malas praxis están sistematizadas entre los presuntos garantes de la ley y se esparcen a todos los niveles, desde los escalafones más bajos a los más altos (y ampliables a la esfera de la judicatura). De aquí la necesidad de la BAC de actuar en ocasiones desde los márgenes, lo que plantea dilemas morales que interpelan al lector.

«—¿Qué es la Sección?

—Los policías importantes. —Byram no disimula su sarcasmo—. No tenéis ni idea de lo que pasa en los barrios.

—¿Por qué no me lo cuentas?

—Una brigada de la comisaría de Villaverde. Ellos son la Sección; cobran una comisión por cada negocio. Lo que les da la gana y, si te niegas, empiezan con un aviso, como me hicieron a mí: ese atraco. Hay vecinos a los que les han quemado el local, otros... bueno, otros, simplemente, han desaparecido... Nadie los ha vuelto a ver por Villaverde.

—¿Pretendes que me crea que un grupo de polis actúa como si fuera una mafia? —El desprecio asoma a la voz de Zárate; quema como la herida abierta en la frente.

—Se pide que “creas” en lo que no se puede ver. Date una vuelta por el barrio. Pregunta a la gente, si es que se atreve a hablar. Quizá algunos lo hagan, aunque, al final, todos hacen como yo: pagar y callar».

LOS RIESGOS DE LAS OPERACIONES ENCUBIERTAS.

Algunas de las páginas que mantienen más en vilo al lector son las derivadas de los topes que la policía tiene infiltrados en organizaciones criminales, algunas de ellas pertenecientes a su propio organigrama, pero los hay de más tipos que lo coherán desprevenido.

«Le pidieron que hiciera una investigación de infiltrado. Solo sé que vivía en Madrid y que era peligroso. Que la gente con la que estaba podía tomar represalias si descubrían su identidad. Al principio sí le preguntaba, intentaba sacarle algo, pero después... con el paso de los años, dejé de intentarlo.

Las miradas de Elena y Zárate se cruzan en silencio. Por fin, las piezas del rompecabezas que es Guillermo Escartín empiezan a encajar: un compañero, un policía como ellos, que renunció a su vida por uno de los trabajos más difíciles: infiltrarse en un ambiente delictivo para conseguir pruebas contra alguien.

—Haga un esfuerzo —presiona Elena, con voz suave—. Seguro que Guille dijo alguna vez algo sobre el trabajo que hacía.

—Le juro que no. Era una cosa que iba a durar poco. Seis meses, me dijo, pero esos meses se convirtieron en un año y, después, en dos. El tercer año dejó de pasarse una vez al mes, como hacía al principio. Me dijo que la situación era complicada y no era seguro venir a Zaragoza, pero no era solo eso. Yo lo sé. Él había cambiado, era otra persona. Lo que pasaba era que ya no quería verme.

—¿Cree que podía estar tomando drogas?

—Adelgazó mucho y... estaba descuidado, pero... me contó que era para pasar desapercibido.

No sería la primera vez que el entorno de un policía encubierto acaba devorando a la persona. Se ven obligados a consumir para ser uno más, creen poder controlarlo, como lo cree cualquier adicto, y sin ser conscientes de cómo se ha producido, terminan convertidos en yonquis».

LOS SECRETOS OFICIALES.

La información reservada contribuye a propulsar el clima de angustia, sospecha y paranoia constantes que impregna las páginas de la novela.

«Ha intentado acceder al expediente de su padre desde los ordenadores de Barquillo. A pesar de que la BAC posee un permiso especial que les abre la puerta a ciertas investigaciones clasificadas, todo ese caso tiene el marchamo de secreto o, simplemente, no hay referencia alguna, más allá de un breve informe que describe la muerte de su padre tal y como siempre se la contaron: Eugenio Zárate murió en un tiroteo con unos aluniceros. Nunca se encontró al responsable y, por lo tanto, nunca hubo un juicio. Sabe que debe haber algún expediente secreto que detalle en qué consistía el trabajo que estaba haciendo su padre. Un expediente que, como el que tiene que existir de Guillermo Escartín, jamás será desclasificado: en España no existe una ley que, como en otros países, obligue a sacar a la luz todas esas investigaciones pasado un determinado tiempo. Aquí, los secretos son eternos».

PERSONAJES PRINCIPALES

Su pertenencia a un ciclo provoca que *Las madres* ponga al día al lector de las entregas procedentes con las historias personales de cada uno de los miembros de la Brigada de Análisis de Casos —una organización policial fuera de los focos que, recordemos, la autora ha declarado que no se inspira en ningún modelo real porque buscaba una libertad de movimientos total en su composición y métodos—, un hilo continuista que no impide al recién llegado familiarizarse enseguida con ellos gracias al goteo de información orientativa sobre su perfil y su pasado. En esta ocasión, la inquietud que ya suele atenazar de por sí al grupo ante la perenne amenaza de desmantelamiento se incrementa con la inminente jubilación del doctor **BUENDÍA** —“Si no me mudo pronto a la playa, me va a tocar encargarme de mis nietos, y te juro que es lo último que quiero en el mundo. Prefiero Benidorm y comer cada día fish and chips que aguantar a esos mocosos”, asegura en un momento de la obra—, un paso inevitable que afecta especialmente a la hacker Mariajo, la cual se lo hace pagar a la forense sustituta, la muy válida Manuela.

«—Hace más de treinta años que conozco a Buendía, desde el principio sabía que no nos iba a dejar a una incompetente. No es eso lo que me jode. —Mariajo da un sorbo a su té y sonrío triste—. Lo que me jode es que Buendía se vaya a vivir a Benidorm. Pasamos más tiempo juntos que con nuestras familias o nuestros amigos, si es que nos queda alguno y, de repente, zas, desaparece. No puede hacer eso. Solo espero que, al día siguiente de coger la jubilación, le dé un infarto.

Mariajo vuelve a teclear furiosa su ordenador, ahuyentando cualquier atisbo de melodrama. Orduño piensa, como ella, que la BAC es algo más que un trabajo. Juntos han sobrevivido a la pérdida de Chesca, el duelo compartido les ha permitido seguir adelante; juntos vivieron como una época irreal el tiempo que Elena estuvo alejada tras el caso de la Red Púrpura. Él tampoco quiere que Buendía se marche, que Mariajo siga sus pasos. No está preparado para que la familia que son deje de existir».

Con todo, el protagonismo más destacado vuelve a estar en las figuras de la inspectora **ELENA BLANCO** y el subinspector **ÁNGEL ZÁRATE**, quienes a los onerosos fantasmas del pasado que arrastran y el estrés inclemente de su día a día en el trabajo suman el desafío de intentar mantener a flote su relación sentimental. Esta se verá más en el alambre que nunca porque cada uno de ellos está inmerso en un campo de batalla propio y profundamente desestabilizador. A espaldas de él, Elena ha iniciado los trámites para adoptar a Mihaela, la Nena, ingresada desde hace seis meses en un centro de acogida, después del infierno por el que pasó en la granja, mientras cruza los dedos para que su padre biológico, un camionero rumano, no la reclame.

«Harta de tanta muerte, le gustaría pasar página. Cambiar de vida como intentó hacerlo después del desmantelamiento de la Red Púrpura. Antes de que Chesca desapareciera. Sin embargo, se quedó al frente de la BAC por Zárate, para cuidar de él. Ha hecho un sacrificio y no se arrepiente, pero necesita mirar al futuro de otra manera. Tener una esperanza. Y esa esperanza es Mihaela, la Nena, como insiste en llamarla Zárate. No va a ocultarle más que quiere adoptarla, ser su madre. Protegerla. Amarla».

Por su parte, a Zárate le pesará cada vez más la angustia de verse expulsado del cuerpo si se descubre que mató a dos hombres a sangre fría —dato ocultado en el informe de los hechos— y emprenderá una cruzada personal por averiguar cómo murió realmente su padre —un agente en la brigada de Vallecas al que, según la versión oficial, lo alcanzaron unos disparos durante un enfrentamiento con unos aluniceros mientras ejercía de policía infiltrado para destapar un caso de corrupción policial— y dar caza al responsable, misión suicida por la que estará dispuesto a cruzar todas las líneas rojas.

En *Las madres* también tiene un papel muy destacado la heterodoxa agente **REYES**, sobrina del director adjunto operativo Manuel Rentero y muy liberada en cuestiones de sexo (no duda en jugar a cambiar de género), quien se jugará la vida infiltrándose en la comisaría de Villaverde, una de las más duras de Madrid, se sorprenderá con el corazón dividido entre dos compañeros —Orduño y Fabián— y descubrirá unos trapos sucios en la cadena de mando que la afectarán de forma muy íntima.

Obviamente la novela introduce nuevos personajes llenos de intensidad y con historias vitales tremebundas. El más destacado es el de **VIOLETA**, una joven mexicana que pasará por un infierno que la impulsará a tomarse la justicia por su mano de una forma retorcida y sanguinaria.

«Despierta en la caja de una furgoneta. Trata de levantarse. A través de un ventanuco, ve una carretera plagada de baches que le impide mantenerse en pie. No sabe cuántos días han pasado. Puede que incluso semanas. El hambre y el dolor le hicieron perder la noción del tiempo. Recuerda gritos de “¡Come!”, “Putas de los cojones, aquí no te vas a morir”. Recuerda agua en sus labios y una voluntad ciega que la animaba a perderse en la oscuridad de la que intentaban arrancarla. Le habría gustado hundirse hasta que su corazón dejara de latir.

—Follar con ella es como hacerlo con una muerta.

—Me la van a desgraciar y ¿para qué me he gastado yo el dinero?

La segunda voz tiene acento mexicano, llega filtrada a través de la pared de la caja de la furgoneta. Cree identificar a Rigoberto, el otro debe de ser Hugo. No tiene tiempo de escuchar más. La furgoneta se detiene y, cuando se asoma por el ventanuco, solo ve un campo eterno y vacío que se pierde plano hasta el horizonte.

Se abre la puerta de la caja y la luz la ciega. Hugo la obliga a bajar y la arrastra hacia una casa en mitad de la nada. Unas gallinas corren a su paso, libres. La deja caer en un sofá y luego, sin más, él se marcha. A través de un ventanal, como dos sombras chinescas, lo ve hablar con otro hombre.»

No menos relevante es el papel de la **SECCIÓN**, un grupo de policías asignados a la comisaría de Villaverde, el cual actúa al margen de la ley con total impunidad y en el que Reyes deberá infiltrarse para averiguar su relación con un asesinato. Comandados por Cristo, un jefe que despierta pavor, Reyes tardará en percatarse del alcance de sus fechorías, en parte porque su juicio está enturbiado por sus sentimientos hacia uno de sus miembros, Fabián.

«Cristo abre una botella de cava y llena los vasos. Un cava malo, dulzón. En la mesa donde juegan al mus, hay platos con ganchitos de queso y patatas fritas. Richi, el policía mudo con el que Reyes todavía no ha cruzado ni una palabra, come con ansia mientras los demás gastan bromas que llenan de algarabía el almacén del Curro.

—Teníais que haber visto al tito Rentero. —Fabián imposita la voz del comisario recordando su conversación en el hospital—. “Que yo sepa, Valdemoro no compete a la policía de Villaverde”.

El grupo estalla en una sonora carcajada. Gregor y Nombela prácticamente lloran de la risa. Cristo rellena los vasos para proponer otro brindis.

—Por Wilson Cabello, que tanto nos ayuda sin tener ni puta idea. “¡Por Wilson Cabello!”, responden los demás, incluida Reyes. ¿Son unos policías corruptos o una panda de chavales gamberros jugando a juegos de mayores? No le extrañaría que el cava fuera, en realidad, Champín —el espumoso sin alcohol

que dan a los niños— y que, de repente, alguien empezara a inflar globos como si celebraran una fiesta de cumpleaños. Estos hombres no pudieron matar a Guillermo Escartín, es algo de lo que cada vez está más convencida. O al menos no de esa manera alambicada en la que murió el policía. Cogen mordidas, amedrentan a unos cuantos comerciantes y dejan que los camellos hagan su trabajo bajo comisión, pero, aunque de forma poco ortodoxa, cuidan de su barrio. Ha vivido al lado de Fabián el afecto que sienten por las gentes de Villaverde. Toda la parafernalia que los rodea, el nombre del grupo —la Sección—, el rito de iniciación al que la sometieron, no deja de ser una pose peliculera de chicos malos».

ESCENARIOS

Uno de los elementos que singularizan la serie de «La novia gitana» es su retrato de un Madrid en las antípodas del foco turístico y la postal, ese Madrid suburbial, arrabalero, underground, conflictivo, lumpen, morada de los humildes y de los con frecuencia excluidos, donde el día a día es un ejercicio de supervivencia y la violencia puede saltar en cualquier momento. Estos fragmentos son prueba del peso de esta geografía al rojo vivo en la ambientación de *Las madres*, que también tiene paradas en los alrededores de Zaragoza, A Coruña y Soria.

«Antes de que el mercado de la droga se trasladara a la Cañada Real, el mayor centro de menudeo de Madrid estaba en el poblado de Las Barranquillas, en la Villa de Vallecas, al lado de la base de la Grúa Municipal Mediodía II. En los tiempos de Las Barranquillas, el acceso al depósito de la grúa se conocía como la carretera del miedo, trescientos metros que atravesaban el poblado en los que los conductores rezaban para que el coche no se les calara y dejar atrás a los más de cinco mil yonquis que rondaban la zona. Ya no es así, el antiguo poblado de infraviviendas fue desmantelado

y han empezado las obras para urbanizar la zona en un nuevo barrio que se llamará Valdecarros. Se levantarán más de cincuenta mil viviendas con garajes, pistas de pádel y piscinas para alojar a los vecinos que ya no caben dentro de Madrid. Algún día se llevarán también de allí la Base de Mediodía II, donde se agolpan más de siete mil vehículos, algunos desde hace más de dos décadas —dicen que dentro de uno de los coches ha crecido un árbol—, para seguir haciendo casas, piscinas y pistas de pádel».

«Villaverde, con casi ciento cincuenta mil habitantes, es uno de esos pueblos que se fueron añadiendo al municipio de Madrid para convertirse en un barrio. Está en la zona sur de la ciudad y es uno de los que menor renta por habitante tiene, un lugar donde pocos viven por elección propia, y muchos porque no les queda más remedio. Pero como le dijo ayer Elena cuando le comunicó que debería incorporarse al destino, eso quiere decir que en el barrio viven los pobres, no los malos; los malos están repartidos por toda la ciudad.

Reyes ha estado buscando datos sobre el barrio para no sentirse muy perdida, pero nada le vale para hacerse una idea. Su mundo, el que ha conocido desde que nació, no tiene nada que ver con lo que va a encontrarse: más del treinta por ciento de inmigración, rentas bajas,

zonas con el metro cuadrado más barato de Madrid, polígonos que se han convertido en centros de prostitución, abundantes pisos ocupados, bandas...».

«No hace tantos años, nombres como el Alto del Arenal, donde los vecinos todavía vivían en cuevas, el Pozo del Huevo, La Celsa, el Rancho del Cordobés, Santa Petronila o Las Mimbrenas eran conocidos, y temidos, por los madrileños. Eran los barrios chabolistas más degradados de la capital, los que salían en las páginas de sucesos de los periódicos a diario. Poco a poco fueron desapareciendo, el último de ellos fue el Ventorro de la Puñalá, entre Madrid y Getafe. Los vecinos más famosos del barrio fueron el Piojo y su hermano, el Negro, especialistas en robos de vehículos y en atracos a joyerías, gasolineras, tiendas de electrodomésticos y de artículos de lujo. Los dos hermanos y la novia del Piojo, Jezabel la Tata, una conocida alunicera, entraban y salían de prisión cada poco tiempo y llegaron a protagonizar una huida importante de la cárcel de Valdemoro. Sin embargo, todos estos barrios fueron desapareciendo; sus familias, re-alojadas en otros puntos de la ciudad.

El turno de pasar a la historia del Ventorro de la Puñalá llegó en 2015, cuando solo quedaban allí quince familias de las cerca de cuatrocientas de diez años antes».

OTROS EXTRACTOS

«Una vaharada de aire fétido detiene a Elena en seco. Buendía le da una mascarilla para protegerse del olor mientras el equipo de la Científica se aparta para que la inspectora pueda acercarse a la caja de la furgoneta.

—La jueza debe de estar al llegar para hacer el levantamiento del cadáver, pero he pensado que te gustaría verlo.

¿Quién eres?, es la primera pregunta que la asalta a ella. Su rostro, pese a la muerte, está como congelado en un último instante de vida y de dolor. La barba descuidada, sucia de sangre como barro, la boca entreabierta en ese rictus que trae a la memoria de Elena el cuadro de Bacon, como si su última exhalación hubiera sido un grito. Los ojos tienen el velo grisáceo de la muerte, pero siguen abiertos, mirando ¿qué? Quizá a quien le hizo esto. Debe de rondar los treinta años, puede que alguno más, está desnudo y atado a una silla. Una metálica, como la de cualquier terraza de bar, ríos de sangre seca ensucian las patas. Su sexo cuelga débil entre las piernas abiertas. Justo encima de él, empieza la cicatriz que asciende hasta el esternón. Mal cosida, la rigidez del cadáver ha destensado los puntos y, por debajo de la carne inflamada, se atisba su interior. Esta fue la

razón por la que se avisó a los expertos en explosivos. ¿Qué hay dentro de ese cuerpo?

El forense adivina la pregunta en su mirada:

—Por lo visto, lo han vaciado. Quizá mientras aún vivía y... Buendía se ajusta los guantes. Sube a la caja de la furgoneta para palpar la cicatriz que atraviesa de arriba abajo el abdomen. Con cuidado, la abre ligeramente e ilumina el interior con una linterna. Elena apenas distingue un amasijo informe de carne. Quizá órganos amontonados. Pero, entonces, el haz de luz enfoca una forma que le resulta identificable. Como si en mitad de un cuadro abstracto uno encontrara un elemento realista que ayuda a dar sentido al resto del conjunto.

—¿Lo ves?

Elena no se atreve a responder, pero sí. Lo ve. Ahí dentro hay un pequeño ojo, entrecerrado. Puede reconocer los párpados hinchados y, bajo ellos, la blancura del globo ocular.

—Creo que lo que tiene dentro es un feto».

«—Solo intento ser honesta. Te quiero, Ángel. Y quiero que estemos juntos, y por eso mismo no voy a ocultarte nada.

—¿A qué te refieres?

—A Mihaela.—¿Qué pasa con ella? ¿Vas a traerla a vivir contigo?

—He iniciado los trámites para acogerla.

El tiempo se detiene. Elena, clavada en el sofá, siente que no tendría fuerzas para levantarse, aunque quisiera. Él deambula con los brazos vencidos hasta sentarse en una silla, alejado de ella.

—Sabes que eso me deja fuera de tu vida.

—No tiene por qué.

—¿Qué estás haciendo, Elena? ¿Te has enamorado de esa niña o es que te hace falta volver a ser madre? ¿Tanto necesitas tener la oportunidad de salvar a alguien? ¿De hacerlo bien?

—Estás siendo cruel.

—¿Yo estoy siendo cruel? ¿Y tú qué estás siendo? ¿Egoísta? O, mejor dicho, ¿una hija de puta? —La rabia se filtra en cada sílaba y él no intenta ocultarla—. Prefieres encargarte de esa niña loca antes que estar conmigo. ¿Cómo puedes ser tan cínica como para decirme que me quieres?

—Porque es la verdad. Porque te quiero. Y te lo he demostrado, Ángel. También he hecho sacrificios por ti.

—¿Qué sacrificios? Porque yo no te he pedido nada...».

«—¿Han oído hablar de la operación Mofeta? Son meses de investigación exhaustiva para desarticular una de las redes de narcotráfico más importantes de este país. Y cuando por fin lo tienes todo bien atado y puedes practicar las detenciones, más vale que tengas la prueba de cargo preparada. Esta gente gasta dinero en abo-

gados, y es muy frecuente que salgan en libertad con cargos menores. ¿Entienden por dónde voy?

—Que necesitaba que alguien los delatara —comprende Elena.

—Eso es. Guerini los conocía a todos y estaba dispuesto a testificar contra ellos. Detrás de un biombo, claro está, y con la voz distorsionada. Para no correr ningún riesgo, era esencial que también él fuera condenado. El pacto consistía en sacarlo de la cárcel al cabo de un año y medio.

—¿Se le recompensó con dinero?

—Eso sería soborno, inspectora Blanco. Es un delito. No podemos remunerar económicamente a un testigo.

—Pero, más allá de la ley, todos sabemos cómo funcionan las cosas. Para algo están los fondos reservados. Y Blas Guerini le compró un local de manicura a su madre. Me pregunto de dónde sacó el dinero para hacerlo.

—Yo también me lo preguntaría —admite el juez—. Pero si dice que ha matado a seis personas, es probable que recibiera un encargo bien pagado.

—Está asumiendo que puso en la calle a un sicario. —Zárate no es capaz de seguir más tiempo en silencio. No sabe por qué, le molesta la afición del juez al hablar de Guerini.

—Les prometo que ya no lo era. Antes de que colaborara conmigo, como ustedes mismos han recordado, había cumplido doce años por un doble homicidio. Los informes psicológicos eran favorables, y ¿para qué sirve la cárcel? Yo creo en la función rehabilitadora de la justicia. De otro modo, sería un cínico.

—El cinismo está en fingir que este sistema funciona».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿En qué tabús sociales se atreve a hurgar la tetralogía y *Las madres* en particular?
2. ¿Qué diríais que singulariza las novelas respecto a otros ciclos policíacos?
3. La violencia contra las mujeres es probablemente el tema más relevante de la novela. ¿Cómo describiríais el tratamiento literario que se le da a un asunto tan sensible?
4. Tanto a través de la BAC, como de la Sección y El Clan, *Las madres* incide en la existencia en la sombra de presuntos garantes de la ley y el orden con objetivos y métodos perturbadores. ¿Qué precedentes literarios podríais señalar? ¿A qué hechos sacados de la realidad podría haber acudido la autora en busca de inspiración y también a la hora de abordar el tema de los secretos oficiales?
5. Valorad cuáles son las motivaciones más profundas que guían a Elena y Ángel en su desempeño profesional. Analiza su compleja relación sentimental y el papel que juega en el diseño global de la serie.
6. ¿Qué opinión os merece la representación de una sexualidad abierta y desinhibida que la autora lleva a cabo a través del personaje de Reyes?
7. ¿De qué modos diríais que *Las madres* entronca con la actualidad informativa?

8. Comentad el modo en que la ambientación en algunos de los barrios más desestructurados y conflictivos de Madrid se funde con el ánimo sombrío de los protagonistas para conseguir darle un tono particular a la novela.
9. En *Las madres* Elena llega a empatizar con la asesina. ¿Lo consideraréis moralmente justificable desde algún punto de vista?
10. ¿Dónde diríais que se nota más la experiencia como guionistas que aúna a los tres autores detrás del seudónimo de Carmen Mola?
11. ¿Cómo os posicionáis respecto a la polémica sobre la crudeza de la violencia mostrada en las novelas de Carmen Mola? ¿La veis justificada o excesiva?
12. ¿Cómo se las ingenia Carmen Mola para mantener la tensión a lo largo de todo el libro? Señalad ejemplos concretos.
13. Por otro lado, ¿a qué recurre para dar un respiro al lector y oxigenar la trama? Señalad ejemplos concretos.
14. Especulad con los posibles caminos narrativos que puede tomar el ciclo tras el desenlace de *Las madres*.
15. ¿Cuáles pensáis que son los principales desafíos que plantea un ciclo literario de las características de «La novia gitana»?

LA AUTORA

CARMEN MOLA es el misterioso seudónimo con el que tres autores —Antonio Mercero, Agustín Martínez y Jorge Díaz— decidieron firmar su primera novela escrita a seis manos, sin darse a conocer públicamente, *La novia gitana* (Alfaguara Negra, 2018), que inauguró la serie protagonizada por la inspectora Elena Blanco, convertida en un fenómeno de ventas y de crítica y por la que

Carmen Mola fue llamada «la Elena Ferrante española» (*El País*). Traducida en más de dieciocho países y adaptada a la televisión, la serie se completó con otras dos entregas igualmente aclamadas, *La Red Púrpura* (2019) y *La Nena* (2020). Tras obtener el Premio Planeta con *La Bestia* (2021), Alfaguara Negra publica el cuarto título de la saga de Elena Blanco: *Las madres*.

DECLARACIONES DE CARMEN MOLA

«Hay lectores, aunque sean pocos, que se quejan de que los personajes de mis novelas tienen muchos clichés, pero debo reconocer que es algo buscado. Antes de ponerme a escribir, yo era una lectora apasionada y mis personajes favoritos eran los que respondían a sus estereotipos: investigador o investigadora atormentada, joven entusiasta y un poco atolondrado, especialista un poco peculiar... Me parecía que lo que había que lograr era que, siendo lo de siempre, pareciera nuevo. Cuando me planteé a Elena Blanco lo hice siguiendo esos criterios: bebedora de grappa, cantante en karaokes, fuera de su ambiente social, adicta a las relaciones a salto de mata, pero a la vez brillante en su trabajo. Igual que los demás, mezclas de valores positivos y valores negativos que los convirtieran en medianamente creíbles».

«No me gustan los personajes de una pieza, perfectos, me gusta que tengan defectos. Consideremos los hábitos tóxicos como defectos en el mundo de la ficción».

«Te aseguro que llevo una vida de lo más tranquila. Nunca he conocido a un asesino y espero seguir así para siempre. Todo sale de mi imaginación y del bombardeo constante de historias de todo tipo que soportamos: periódicos, noticias de la tele, internet... A eso supongo que hay que unirle cierta curiosidad malsana por todo lo prohibido. La maldad está ahí, a la vista de todos. Creo, además, que el único sitio en el que la maldad y la violencia son soportables es en las páginas de un libro, cerramos las tapas y se quedan ahí».

«Yo había leído mucho y había decidido escribir una novela, pero eso no es tan fácil, así que me puse a estudiar, por decirlo de alguna manera. Leí algunos manuales y analicé la estructura de algunas novelas. Cuando lo tuve claro, empecé. Pero uno puede creer que sabe la teoría de cómo se conduce, eso no significa que se suba al coche y pueda circular con él por medio del tráfico. Digamos que yo me subí al coche pensando en tener suerte y no pegármela en la primera curva. En las dos siguientes novelas, por seguir con el símil, por lo menos sabía cuál era el volante, cuál el freno y cuál el acelerador»

«No hay límite en el tratamiento de la violencia. Si un asesino psicópata mata de una determinada manera, creemos que es importante mostrar ese momento».

«Nosotros lo pactamos todo. Discutimos las tramas, hacemos una escaleta detallada de cada capítulo, nos lo repartimos y hacemos reescrituras de lo del otro. Trabajamos el triple».

«Llevamos treinta años haciendo guiones de televisión, es nuestra academia. A la gente le intriga mucho cómo podemos hacer novelas a seis manos, pero el trabajo colaborativo del guionista lo llevamos haciendo todo el rato. Queríamos adaptar al mundo de la literatura las herramientas del guionista. En la forma de trabajar, pero también en la forma de exponer la historia: arrancar fuerte, mantener el clima, tener los giros y sorprender todo el tiempo. El mandamiento número uno del guion, “no aburrirás”, lo tenemos siempre presente. Otro mandamiento es: “Sorprenderás al lector por encima de todas las cosas”».

«Carmen Mola va a seguir porque nos lo pasamos bien todavía escribiendo, y eso de irse en lo más grande de la fiesta no es nuestro estilo. Sé que hay gente que lo hace porque eso da prestigio, pero nosotros nos vamos a quedar en la fiesta hasta el final. Vamos a hacer los últimos invitados en irnos».

(Declaraciones extraídas de entrevistas con la revista *GQ*, Radio Televisión Española y *El País*)

LA CRÍTICA HA DICHO

«El seudónimo es una máscara como cualquier otra y quien se resguarda tras él tiene sus motivos. [...] Hombre o mujer, igual da. La competencia de sus novelas está probada. Y el impacto de no tener rostro, también.»
Antonio Lucas, *El Mundo*

«Una estructura sólida y un argumento llevado como un clásico policial pero que al tiempo rompe varios convencionalismos».
Juan Carlos Galindo, *El País*

«Todos caen rendidos (quien la coge no la suelta) ante la fuerza y la intensidad de una historia que no desmerece al mejor noir de Pierre Lemaitre, comparte elementos con Sandrone Dazieri y tiene como protagonista a una (sí, es una mujer) detective de las que hacen época (y series)».
Inés Martín Rodrigo, *ABC*

«Elena Blanco es de los mejores personajes femeninos protagonistas que he visto en mucho tiempo y el Madrid que se muestra, callejero y violento, da mucha fuerza».
Paco Cabezas, director de la serie *La novia gitana*

«Una originalidad que nos somete y nos hace desear más, mucho más, cuando, horrorizados, nos damos cuenta de que estamos ya en la última página».
Jordi Llobregat, director de *Valencia Negra*

«Me tiene enganchada. Novela negra en estado puro y su protagonista, la inspectora Elena Blanco, hace que tengas hacia ella sentimientos encontrados. [...] Intriga, muerte, violencia... todo narrado de manera increíble. ¡Es un thriller de primera!»
Alicia Gil, *Woman*

«La novela negra o muta o se ensimisma.
Carmen Mola, la escritora mutante».
Carlos Zanón

«Desde la primera página, Carmen Mola
[...] demuestra tener una voz propia, y
eso, en el género negro y fuera de él, ya
es mucho, quizá la mitad de todo. O
más».
Lorenzo Silva

«A (casi) nadie le importa un ardite
quién se esconda tras ese seudónimo; lo
único que de verdad cuenta es que siga
publicando novelas».
Manuel Rodríguez Rivero, *Babelia*

«Con capítulos cortos, una dosificación
de la intriga, y un estilo eficaz que contri-
buyen a una absorbente lectura. [...] La
inspectora Elena Blanco y sus compañe-
ros de la Brigada de Análisis de Casos, se
han hecho ya un hueco en primera línea
de los investigadores que, en su lado fe-
menino, tuvieron como precursora a Pe-
tra Delicado».

Luisa Martínez, *El Imparcial*

